

verme, me avisarás luego luego con la vieja, que me ha de aguardar donde sabe para darme aviso. Pero si no hay nada, ni á ella le digas una palabra. Toma,—añadió, sacando de los bolsillos de su chaqueta unas cajitas y entregándoselas á la joven.

—¿Qué es esto?—preguntó ella recibíendolas.

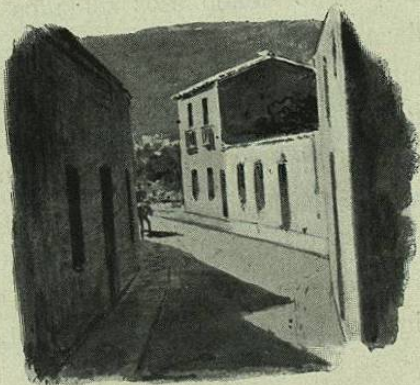
—Ya las verás mañana y te gustarán... ¡son alhajas! Guárdalas con las otras,—dijo el bandido abrazándola y besándola por último.—Ahora, me voy, porque ya es hora; apenas llegaré amaneciendo á Xochimancas; hasta mañana, mi vida.

—Hasta mañana,—respondió ella,—no faltes...

—¡Mañana serás mía enteramente!

—Tuya para siempre,—dijo Manuela, enviándole un beso, y quedándose un instante en la cerca para verlo partir.

El Zarco se alejó, como había venido, al paso y recatadamente, y á poco se perdió en las tortuosidades de la callejuela apenas alumbrada por la luna.



VII

La adelfa

Tan pronto como la joven perdió de vista á su amante, se apresuró á bajar del cercado por la escalinata natural que formaban las raíces del zapote, y se encaminó apresuradamente hacia un sitio de la huerta, en que un grupo de arbustos y de matorrales formaban una especie de pequeño soto espeso y obscuro á orillas de un remanso, que hacían allí las aguas tranquilas del *apantle*. Luego sacó de entre las plantas una linterna sorda y se dirigió en segui-

da, abriéndose paso por entre los arbustos, hasta el pie de una vieja y frondosa adelfa, que, cubierta de flores aromáticas y venenosas, dominaba por su tamaño las pequeñas plantas del soto. Allí, en un montón de tierra cubierto de grama, la joven se sentó, y alumbrándose con la linterna, abrió con manos trémulas y palpitando de impaciencia las tres cajitas que acababa de regalarle el bandido.

—¡Ah, qué lindo!—exclamó en voz baja, al ver un anillo de brillantes cuyos fulgores la deslumbraron.—¡Esto debe valer un dineral!—añadió sacando el anillo y colocándolo sucesivamente en los dedos de su mano izquierda, y haciéndolo brillar á todos lados.—¡Si esto parece el sol!

Luego, dejándose puesto el anillo, abrió la segunda caja y se quedó estupefacta. Eran dos pulseras en forma de pequeñas serpientes, todas cuajadas de brillantes, y cuyos anillos de oro esmaltados de vivos colores les daban una apariencia fascinadora. Las serpientes daban varias vueltas en la caja de raso y Manuela tardó un poco en desprenderlas; pero luego que terminó se las puso en el puño, muy cerca de la mano, enroscándolas cuidadosamente. Y comenzó á alumbrarlas en todos sentidos, poniendo las manos en diversas actitudes.

Luego, por un instante cerró los ojos, como si soñara, y los abrió en seguida, cruzando los puños junto á la luz y contemplándolos largo rato.

—¡Dos víboras!—dijo frunciendo el ceño,—¡qué idea!... En efecto, son dos víboras... ¡el robo! ¡Pero bah!—añadió, sonriendo y guiñando los ojos, casi llenos con sus grandes y brillantes pupilas negras... —¡qué me importa! ¡Me las da el Zarco, y poco me interesa que vengan de donde vinieren!...

Después abrió la tercera caja. Ésta contenía dos pendientes también de gruesos brillantes.

—¡Ah, qué hermosos aretes!—dijo,—¡parecen de reina!—Y cuando los hubo contemplado en la caja, que no se veía con aquel haz de resplandores y de chispas, los sacó también y se los puso en las orejas, habiéndose quitado antes sus humildes zarcillos de oro.

Pero al guardar éstos, mientras, en la caja de los pendientes, reparó en una cosa que no había visto y que la hizo ponerse lívida, como paralizada. Acababa de ver dos gotas de sangre fresca que manchaban el raso blanco de la caja, y que debían haber salpicado también los pendientes. Además, la caja estaba descompuesta; no cerraba bien, y se conocía que había sido arrancada en una lucha á muerte.

Manuela permaneció muda y sombría durante algunos segundos; hubiérase dicho que en su alma se libraba un tremendo combate entre los últimos remordimientos de una conciencia ya pervertida, y los impulsos irresistibles de una codicia desenfrenada y avasalladora. Triunfó ésta, como era de esperarse,

y la joven, en cuyo hermoso semblante se retrataban entonces todos los signos de la vil pasión que ocupaba su espíritu, cerró, enarcando las cejas, la caja prontamente, la apartó con desdén, y no pensó más que en ver el efecto que hacían los ricos pendientes en sus orejas.

Entonces tomó su linterna, y levantándose así adornada como estaba con su anillo, pulseras y aretes, se dirigió á la orilla del remanso, y allí se inclinó, alumbrándose con la linterna el rostro, procurando sonreír; sin embargo, presentando en todas sus facciones la especie de dureza altanera que es como el reflejo de la codicia y de la vanidad, y que sería capaz de afeár el rostro ideal de un ángel.

Si en aquella noche silenciosa en medio de aquella huerta obscura y solitaria, alguien, acostumbrado á leer en las fisonomías, hubiera contemplado á aquella linda joven mirándose en las aguas negras y tranquilas del remanso, alumbrándose el rostro con la luz opaca de una linterna sorda, y gesticulando para darse los aires de una gran señora, al ver aquella fisonomía pálida, con los ojos chispeantes de ambición y de codicia, con los cabellos desordenados, con la boca entreabierta, dejando ver una dentadura blanquísima y apretada, y haciendo balancear á derecha é izquierda los pendientes, cuyos fulgores la bañaban con una luz azulada, rojiza ó verdosa, que se mezclaba al chisporroteo del mismo carácter que

salía de la serpiente enlazada al puño izquierdo, colocado junto á la barba, de seguro que habría encontrado en esa figura singular algo de espantosamente siniestro y repulsivo, como una aparición satánica. No era la *Margarita*, de Göethe, mirándose en el espejo, con natural coquetería, adornada con las joyas de un desconocido, sino una ladrona de la peor especie, dando rienda suelta á su infame codicia delante de aquel estanque de aguas turbias y negras. No era la virtud próxima á sucumbir ante la dádiva, sino la perversidad contemplándose en el cieno.

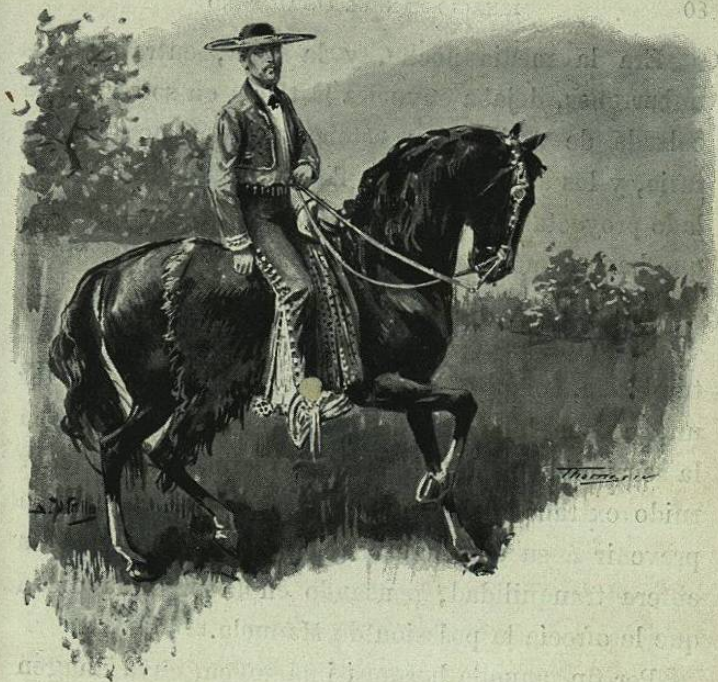
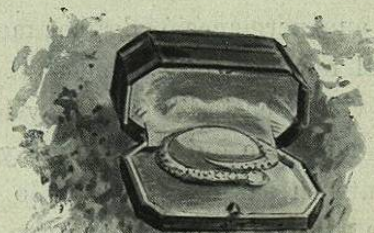
Manuela, abandonada á sí misma en aquella hora y de aquel modo, dejaba conocer en su semblante todas las expresiones de su vil pasión, que no se detenía ante la vergüenza ni el remordimiento, pues bien sabía que aquellas alhajas eran fruto del crimen. Así es que, sobre su cabeza radiante con los fulgores de los aretes robados, se veía en la sombra, no la cara burlona de Mefistófeles, el demonio de la seducción, sino la máscara pavorosa del verdugo, el demonio de la horca.

Manuela aun permaneció algunos momentos mirándose en el remanso y recatándose á cada ruido que hacía el viento entre los árboles, y luego volvió al pie de la adelfa, se quitó sus joyas y las guardó cuidadosamente en sus cajas; hecho lo cual, lanzó una mirada en torno suyo, y viendo que todo estaba tranquilo, sacó de entre las matas una pequeña

tarécua, especie de pala de mango de madera y extremo anguloso de hierro con que en la tierra caliente se hacen pozos, y removiendo con ella la tierra, en cierto sitio cubierto de musgo, puso al descubierto un saco de cuero, que se apresuró á abrir con una llavecita que llevaba guardada. Luego introdujo en la boca la linterna para cerciorarse de si estaba allí su tesoro, que palpó un momento con extraña fruición. Consistía en alhajas envueltas en papeles y en cintos de cuero, llenos de onzas de oro y de pesos de plata.

Después metió cuidadosamente en el saco las cajas que acababa de darle el Zarco, y enterró de nuevo el tesoro, cubriéndolo con musgo y haciendo desaparecer toda señal de haberse removido el suelo.

Luego, como sintiendo abandonar aquella riqueza, alzó su linterna sorda y se dirigió de puntillas á la casa, entrándose en las habitaciones en que la pobre señora, á pesar de las inquietudes del día, dormía con el tranquilo sueño de las conciencias honradas.



VIII

Quién era el Zarco

Entretanto, y á la sazón que Manuela examinaba sus nuevas alhajas, el Zarco, después de haber dejado las orillas de Yautepec, y de haber atravesado el río con la misma precaución que había tenido al llegar, se dirigió por el amplio camino de la hacienda de Atlihuayan al montañoso por donde había descendido y que conducía á Xochimancas.

Era la media noche, y la luna, entre espesos nubarrones, dejaba envuelta la tierra en sombras. La calzada de Atlihuayan estaba completamente solitaria, y los árboles que la flanquean por uno y otro lado proyectaban una obscuridad siniestra y lúgubre, que hacían más densa los fugaces y pálidos arabescos que producían los cocuyos y las luciérnagas.

El bandido, conocedor de aquellos lugares, acostumbrado, como todos los hombres de su clase, á ver un poco en la obscuridad, y más que todo, fiado en la sensibilidad exquisita de su caballo, que al menor ruido extraño aguzaba las orejas y se detenía para prevenir á su amo, marchaba paso á paso, pero con entera tranquilidad, pensando en la próxima dicha que le ofrecía la posesión de Manuela.

Por fin, aquella hermosísima joven, cuya imagen había enardecido sus horas de insomnio durante tantos meses, cuyo amor había sido su constante preocupación, aun en medio de sus más sangrientas y arriesgadas aventuras, y cuya posesión le había parecido imposible cuando la vió por primera vez en Cuernavaca y se enamoró de ella, iba á ser suya, enteramente suya, iba á compartir su suerte y á hacerle saborear los dulcísimos deleites del amor, á él, que no había conocido hasta allí verdaderamente más que las punzantes emociones del robo y del asesinato.

Su organización grosera y sensual, acostumbrada desde su juventud al vicio, conocía, es verdad, los

goces del amor material, comprados con el dinero del juego ó del robo, arrancado en medio del terror de las víctimas, en una noche de asalto en las aldeas indefensas; pero el Zarco sentía que no había querido nunca ni había deseado á una mujer con aquella exaltación febril que experimentó desde que comenzó á ver á Manuela, asomada á su ventana, desde que la oyó hablar, y más todavía desde que cruzó con ella las primeras palabras de amor.

Jamás, desde que siendo niño todavía, abandonó el hogar de su familia, había sentido la necesidad imperiosa de unirse á otro ser, como la sentía ahora de unirse á aquella mujer, tan bonita y tan apasionada, que encerraba para él un mundo de inesperadas dichas.

Así repasando en su memoria todas las escenas de su niñez y de su juventud, encontraba que su carácter bravío y duro había rechazado siempre todo afecto, todo cariño, cualquiera que fuese, no habiendo cultivado sino aquellos de que había sacado provecho. Hijo de honrados padres, trabajadores en aquella comarca, que habían querido hacer de él un hombre laborioso y útil, pronto se había fastidiado del hogar doméstico, en que se le imponían tareas diarias ó se le obligaba á ir á la escuela, y aprovechándose de la frecuente comunicación que tienen las poblaciones de aquel rumbo con las haciendas de caña de azúcar, se fugó, yendo á acomodarse al servicio del caballerango de una de ellas.

Allí permaneció algún tiempo, logrando después, cuando ya estaba bastante diestro en la equitación y en el arte de cuidar los caballos, colocarse en varias haciendas, en las que duraba poco, á causa de su conducta desordenada, pues haragán por naturaleza y por afición, apenas era útil para esos trabajos serviles, consagrando sus largos ocios al juego y á la holganza.

Por lo demás, en todo ese tiempo no recordaba haber sentido ni simpatía ni adhesión á nadie. Permaneciendo poco tiempo en cada lugar, sirviendo por pocos días en cada hacienda, y cultivando relaciones de caballeriza ó de juego, que duraban un instante y que se alteraban con frecuentes riñas que las convertían en enemistades profundas, él verdaderamente no había tenido amigos, sino compañeros de placer y de vicio. Al contrario, en aquellos días su carácter se formó completamente, y ya no dió cabida en su corazón más que á las malas pasiones. Así, la servidumbre consumó lo que había comenzado la holgazanería, y los instintos perversos, que no estaban equilibrados por ninguna noción de bien, acabaron por llenar aquella alma oscura, como las algas infectas de un pantano.

Él no había amado á nadie, pero en cambio odiaba á todo el mundo: al hacendado rico cuyos caballos ensillaba y adornaba con magníficos jaeces, al obrero que recibía cada semana buenos salarios por su tra-

bajo, al labrador acomodado, que poseía fecundas tierras y buena casa, á los comerciantes de las poblaciones cercanas, que poseían tiendas bien abastecidas, y hasta á los criados que tenían mejores sueldos que él. Era la codicia complicada con la envidia, una envidia impotente y rastrera, la que producía este odio singular y esta ansia frenética de arrebatarse aquellas cosas á toda costa.

Naturalmente, los amores de los demás le causaban irritación, y aquellas muchachas que según su posición amaban al rico, al dependiente ó al jornalero, le inspiraban un deseo insensato de arrebatárselas y de mancharlas. No había entre todas una que hubiera fijado los ojos en él, porque él tampoco había procurado acercarse á ninguna de ellas con intenciones amorosas. Las de su clase no eran de su gusto, y para las de rango superior él estaba colocado en muy baja esfera, ¡un mozo de caballeriza!

Él era joven, no tenía mala figura; su color blanco impuro, sus ojos de ese color azul claro que el vulgo llama *zarco*, sus cabellos de un rubio pálido y su cuerpo esbelto y vigoroso, le daban una apariencia ventajosa; pero su ceño adusto, su lenguaje agresivo y brutal, su risa aguda y forzada, tal vez le habían hecho poco simpático á las mujeres. Además, él no había encontrado una bastante hermosa á quien procurase ser agradable.

Por fin, cansado de aquella vida de servidumbre,

de vicio y de miseria, el Zarco huyó de la hacienda en que estaba, llevándose algunos caballos para venderlos en la tierra fría. Como era de esperarse, fué perseguido; pero ya en ese tiempo, al favor de la guerra civil, se había desatado en la tierra fría cercana á México una nube de bandidos que no tardó en invadir las ricas comarcas de la tierra caliente.

El Zarco se afilió en ella inmediatamente, y desde luego, y como si no hubiera esperado más que esa oportunidad para revelarse en toda la plenitud de su perversidad, comenzó á distinguirse entre aquellos facinerosos por su intrepidez, por su crueldad y por su insaciable sed de rapiña.

Era el año de 1861, y organizados los bandoleros en grandes partidas, perseguidos á veces por las tropas del gobierno, pero atraídos más bien por la riqueza de los distritos azucareros del sur de México y de Puebla, penetraron en ellos sembrando el terror en todas partes, como lo hemos visto.

El Zarco era uno de los jefes más renombrados, y las noticias de sus infames proezas, de sus horribles venganzas en las haciendas en que había servido, de su fría crueldad y de su valor temerario le habían dado una fama espantosa.

Obligadas las tropas liberales, por un error lamentable y vergonzoso, á aceptar la cooperación de estos bandidos en la persecución que hacían al faccioso reaccionario Márquez, en su travesía por la tierra

caliente, algunas de aquellas partidas se presentaron formando cuerpos irregulares, pero numerosos, y uno de ellos estaba mandado por el Zarco. Entonces, y durante los pocos días que permaneció en Cuernavaca, fué cuando conoció á Manuela, que se había refugiado con su familia en esa ciudad. El bandido ostentaba entonces un carácter militar, sin dejar por eso los arreos vistosos que eran como característicos en los ladrones de aquella época y que les dieron el nombre de *plateados*, con el que fueron conocidos generalmente.

La hermosa joven, cuyo carácter parecía estar en armonía con el del bandido, al ver pasar frente á sus ventanas aquel cuerpo de gallardos jinetes, vistosos y brillantes, y al frente de ellos montado en soberbio caballo y cargado de plata hasta el exceso al joven y terrible bandido, cuyo nombre no había sonado en su oído sino con el acento del terror, se sintió atraída hacia él por un afecto en que se mezclaban la simpatía, la codicia y la vanidad como en punzante y sabroso filtro.

Así nació una especie de amor extraño en aquellas dos almas, hechas para comprenderse. Y en el poco tiempo que el Zarco permaneció en Cuernavaca, logró ponerse en comunicación con Manuela y establecer con ella relaciones amorosas, que no llegaron, sin embargo, por las circunstancias al grado de intimidad en que las vemos en Yautepec.

El general González Ortega, conociendo el grave error que había cometido dando cabida en sus tropas á varias partidas de *plateados*, que no hicieron más que asolar las poblaciones que atravesaba el ejército y desprestigiarlo, no tardó en perseguirlas, fusilando á varios de sus jefes. Para salvarse de semejante suerte, el Zarco se escapó una noche de Cuernavaca con sus bandidos y se dirigió al sur de Puebla, en donde estuvo por algunos meses ejerciendo terribles depredaciones.

Por fin, los *plateados* establecieron su guarida principal en Xochimancas, y el Zarco no tardó en saber que Manuela había vuelto á Yauhtepec, en donde residía con su familia. Naturalmente, procuró desde luego reanudar sus relaciones apenas interrumpidas y pudo cerciorarse de que Manuela le amaba todavía.

Desde entonces comenzó esa comunicación frecuente y nocturna con la joven, comunicación que no era peligrosa para él, dado el terror que infundía su nombre y dadas también las inteligencias que cultivaba en la población, en donde los bandidos contaban con numerosos emisarios y espías.

Entretanto, sus crímenes aumentaban de día en día; sus venganzas sobre sus antiguos enemigos de las haciendas eran espantosas y el pavor que inspiraba su nombre había acobardado á todos. Los mismos hacendados, sus antiguos amos, habían venido temblando á su presencia á implorar su protección y

se habían constituido sus humildes y abyectos servidores, y no pocas veces, él, antiguo mozo de estribo, había visto tener la brida de su caballo al arrogante señorón de la hacienda á quien antes había servido humilde y despreciado.

Semejantes venganzas y humillaciones fueron harto frecuentes en esa época, gracias á la audacia y número de los bandidos, cuyo poder era ilimitado en aquella comarca infortunada, y gracias más que todo á la impotencia del gobierno central, que ocupado en combatir la guerra civil y en hacer frente á la intervención extranjera, no podía distraer á sus tropas para reprimir á los bandidos.

